

ción. Y en medio de tan *graves* cuestiones, que son la materia de las conversaciones diarias, ¿habrá alguien á quien se le ocurra decir una palabra de Dios, del paraíso, del infierno; una sola que revele los sentimientos de piedad que debe tener toda alma sinceramente católica, que recuerde el último fin y destino del hombre, y los terribles peligros de que está sembrado el camino que á él nos conduce, y en las que tantos han encontrado y encuentran diariamente su perdición eterna?

Y es más, si estos tan serios pensamientos acuden á la mente de alguno rara vez se atreve á exponerlos por no caer en *ridículo ó ser impertinente*. ¡Ridículo! ¡Impertinente! recordar, hablar del negocio más importante, hablar del fin para que el hombre ha sido criado? ¡A que degradación ha llegado en los actuales tiempos la sociedad; pues no sabe levantar su mirada más allá de la esfera de los sentidos, y se revuelve como fiera contra quien le recuerda su último destino! Parece, apreciables consocios, que el hombre no sea otra cosa que un sér incomprendible, y que vive en continua contradicción consigo mismo.

Se tiene por digno de alabanza el mostrar gratitud, fidelidad y amor, y sacrificarse por un bienhechor, por un amigo, por un magnate; y es generalmente tenido por original, por extravagante, y aun por falta de buen sentido el que á fuer de sincero manifiesta parecidos sentimientos respecto de Dios en medio de una sociedad, apesar de reconocer que en Él concurren todos estos títulos en grado infinitamente superior.

¿Y en la propia casa, en el interior de la familia que ven los hijos, que oyen? ¿Vea mos que idea pueden formarse de su fin, tomando por base de sus apreciaciones la conducta de sus mayores. Los ve á diario, á cada instante del día preocupados, absortos con un solo pensamiento. El bienestar en este mundo. Si, esta es la principal, casi la única preocupación; á la consecución de este fin tienden todos los cuidados, to-

da la solicitud y trabajo. Desde la mañana á la noche y hasta al entregarse al sueño preocupa al hombre este pensamiento; y los hijos ven como sus padres desarrollan una actividad prodigiosa, y emplean todas sus energias en la consecución de esa felicidad temporal, sin que les arredren desdenes, ni fatigas, ni aun los mayores peligros y obstáculos. Y no creais que yo repruebe esta actividad y esta energia.

Sé que el hombre ha de trabajar para vivir. «Comerás el pan con el sudor de tu frente» dijo el Señor á nuestros primeros padres luego que hubieron pecado. Pero en cambio ¿qué se hace para alcanzar la felicidad eterna? ¿Cómo las palabras y las obras de los padres podrán persuadir á los hijos de que aquel bienestar de la otra vida tiene importancia inmensamente? Haciendo comparación entre el interés y ardor y actividad que sus mayores despliegan de continuo por los negocios terrenales y la apatia con que miran los de la eternidad, el resultado no puede ser dudoso; porque todos los que tengan algo de sentido práctico, y los niños tienen mas de lo que nos figuramos, saben perfectamente que el objeto que mas nos preocupa es el que mas nos llega al alma, y el que es más caro á nuestro corazón.

Se habla, es verdad, de ciertas faltas, de desórdenes, de crímenes pero ¿porqué lado se les considera? Por el lado humano, siempre con relación al mal que resulta al individuo, á la deshonra, á las pérdidas temporales; jamás se pondera la ofensa que se comete contra Dios, la injuria y rebeldía contra Su Divina Majestad, y menos aun el peligro continuo en que vive el pecador de caer en el infierno. ¡El infierno! Hoy no se atreve nadie á hablar de esas cosas á los niños ni á los mayores. Y ese silencio, ese descuido calculado, ¿que significa, falta de reflexión ó falta de fe? Quizá las dos cosas á la vez.

-1- Fragmento de un discurso leído el último domingo en la Conferencia Moral de reglamento en el Centro Católico de esta villa.